

EXALTACIÓN DE LA SAETA
Peña Flamenca de Ronda
3 de febrero de 2024

por Faustino Peralta Carrasco
(Cronista Oficial de Ronda)

Descubrió un mundo absolutamente mágico en una ciudad mágica. Entre umbrías, la noche de primavera olía a vida, como si todo volviera a renacer. Sus habitantes por fin salían de sus refugios invernales, dejando atrás el frío mordiente y seco de la serranía y los días mortecinos y breves de la bellísima ciudad tapada, durante tan largo tiempo, con el velo gris del invierno. Por fin el pueblo, de madrugada, se echaba a la calle.

El decorado no podía ser más conmovedor para un niño que todo lo vivía intensamente, porque todo le interesaba. Se bebía la vida. Las procesiones de la Semana Santa eran un grandioso espectáculo religioso que inundaban las calles de una extraña solemnidad litúrgica, en una ciudad dolorosamente bella, de interminables filas de nazarenos encapuchados con larguísimos capirotos apuntando al cielo, algunos fuera de las filas eran los que dirigían el séquito y se hacían notar con su vara de mando y su campana de autoridad.

Los tronos eran retablos, como altares andantes, a los que todos dirigían sus miradas atónitas, implorantes, como una aparición poderosa. Delante tenían al que mandaba en sus vidas, el gran hacedor de sus voluntades y el que ostentaba la potestad de mejorar las cosas o por los menos dejarlas como estaban. Porque la ley divina es la que siempre impera, luego está la ley humana, un invento de los hombres para que no hagamos nunca lo que nos dé la gana.

Y detrás su madre, siempre dolorosa, sufridora como solo una madre puede sufrir por lo que le han hecho a su hijo, representando el dolor más grande y desgarrador que puede sentir un ser humano en la vida.

Y esa devoción ciega, como es la fe, se contagiaba y mucho. Un niño es un mero imitador de sus mayores, su aprendizaje de la vida consiste en eso, en emular a quienes le rodean y sumergirse en el día a día de su entorno para sentirse un miembro más, integrado en su sociedad y no excluido de ella.

Su padre siempre buscaba los mejores lugares o rincones para disfrutar de aquellos momentos, de aquellos encuentros únicos con el Hijo de Dios, que también era Dios, que se paseaba por aquella ciudad colgada de las alturas, a la vez en lo más alto y en lo más hondo. ¡Qué hermosa ciudad!, siempre entre el cielo y la tierra.

Debajo de un balcón, en una calle cualquiera, porque cualquiera de ellas es evocadora precisa de la Pasión de Cristo, y que su padre siempre sabía, el trono, en el lugar exacto donde estaban, se para. Un lamento de dolor concentra el silencio, hasta el aire calla, después que una brisa queda balanceara las yertas ramas de los árboles y cuartease el brillante cielo plumizo de luna llena y, entre las hendiduras de la calle, se filtrara una húmeda y amarilla luminosidad que fue paulatinamente invadiéndolo todo, concentrado las miradas y el oído a un mismo punto en aquel balcón, como cuando el pastor reúne a las ovejas de su rebaño con un leve chasquido.

¿Cómo se puede cantar llorando con tanto dolor, con tanta pena y con tanto arrepentimiento?

Es una saeta, hijo mío. La Virgen lleva un puñal en el corazón, como símbolo del dolor; y la saeta es la flecha que el saetero con su cante profundo, lastimero y hondo hasta las entrañas, dispara

al corazón de sus semejantes, para que duela el alma. Aunque también puede ser un rosario de besos. No hay desconsuelo más doloroso que el de una madre por un hijo que sufre, ni cante más doliente y conmovedor que una saeta.

No olvidaría nunca ese momento, y año tras año buscaba esos rincones, esos púlpitos saeteros, porque había que emocionarse y la emoción cada año volvía. La Semana Santa es una explosión intensa y arrolladora de los cinco sentidos, envuelta en la religiosidad popular de la Pasión de Cristo y el Dolor de su Madre, al que se le suma un sexto, que los reúne a todos: EL SENTIMIENTO.

Y no siempre hay que buscar palabras para explicar lo que se siente, lo que emociona, lo que te hace vibrar, lo que te descompone, lo que te hace sentir vivo... te hiere o te mata... porque la saeta es eso una flecha directa al corazón que lo traspasa y te lastima el alma.

Siempre se preguntaba qué sentiría el cantaor o cantaora de saetas en ese momento de soledad, de su rezo íntimo, como en trance, rodeado de una multitud que no ve, de ese relámpago mantenido de la palabra y la música que es el flamenco, dirigida a Dios, a su Hijo o a su Madre. No existe oración, ni música que la interprete, más desgarradora en el mundo y que mejor exprese el dolor del silencio de siglos, que no puede reprimirse más y estalla desde lo más adentro.

Sabía de sus emociones como espectador, como escuchante que no oyente, y también como horquillero y penitente... pero le encantaría estar un día ahí arriba, vivir y sentir ese momento profundo y único de rezar cantando una saeta, mirando a la cara de sus sagradas imágenes. Se prometió que algún día se atrevería, porque facultades no le faltaban. Quería vivir la soledad más íntima que existe, rodeado de una multitud que

observa, calla y escucha, pendiente de su excitación y sus palabras, pero solo él en conexión directa con Dios, su Hijo y su Madre, a través de ese rayo invisible y sonoro que sale de la garganta. No puede haber soledad más sublime, igual que la del torero solo en medio de la plaza, solitario ante la multitud. Como todas las cosas, la sugestión es la que manda, nada de lo que te rodea existe en una situación prodigiosa de frenesí.

Cada año lo vivía con esa ilusión, con ese sueño que algún día llegaría, tendría que elegir entre el desamparo íntimo del Silencio, las miradas dulces del Buen Amor, los anhelos del Prendimiento, los dolores del Nazareno, la pena recogida de la Soledad, el consuelo de las Tristezas, los amores de la Paloma, la humildad del Perdón, los perfumes de la Esperanza, la dulzura de la Amargura, la resignación de las Angustias, la serenidad del Cristo Yacente o los aromas del Resucitado.

Se había preocupado de saber que la saeta era una reliquia del patrimonio andaluz, otro más de tantos y tantos, que evoluciona desde la saeta primitiva, pasa por la saeta antigua hasta llegar a la saeta moderna o flamenca. ¿Y qué tenía que ver con todo ello, su ciudad, tan aportadora de elementos simbólicos a la identidad andaluza? Le encantaba saber de su tierra, de la que siempre estuvo enamorado, cómo nació, cómo fue su infancia y qué historias le ocurrieron hasta llegar a sus brazos. El conocimiento siempre espera, es paciente, para aquel que quiera llegar hasta él, su puerta siempre está abierta. Donde hay tinieblas e incertidumbres, en el saber hay luz y certezas.

Desde niño las letras y la historia le fascinaron. Le maravillaba la extraña capacidad del ser humano para atrapar las palabras y fijarlas indefinidamente en un papel, y así pudiera transmitirse por los siglos a quien quisiera leerlas y propagarlas. El insondable conocimiento humano existe porque el hombre inventó la

palabra, y también cómo expresarla. Y eso es el flamenco, la forma andaluza de expresarse musical y verbalmente, desde lo más hondo, pero mucho más allá de las palabras. Por eso, a veces, cuesta tanto comprenderlo, cuando falta ese sexto sentido, que decíamos al principio, que es el sentimiento. Además ¿cómo se puede entender que el frío te abraza y el fuego te hiele la sangre? Eso también es flamenco.

Ese monumento de ciudad, donde siempre vivió, forma parte del origen y la transformación de ese canto extraño, en sus cuatro estadios (árabe, judío, cristiano y flamenco), que incluso algunos estudiosos sitúan su origen en los cantos bizantino-hispánicos y posteriormente de las llamadas a la oración que, desde los alminares de las mezquitas, hacían los almuédanos, de las que todavía hoy se conservan en su ciudad la torre de la mezquita Mayor, hoy iglesia Mayor, el minarete de la que después sería la parroquia de San Sebastián y el lugar donde estuvo la mezquita Principal que hoy ocupa la iglesia del Espíritu Santo. Y también de los cantos sinogales de la salmodia judía sefardí, donde igualmente hubo asentamientos judíos en el antiguo barrio de San Miguel. Ambos cantos jondos, los siguieron entonando tanto los mudéjares, moriscos y judeoconversos, los llamados cristianos nuevos, cambiando sus letras, para hacer pública reafirmación de su conversión al cristianismo. Esa saeta directa al corazón, entonces primitiva, conocidas por los fieles como saetas jaculatorias o penetrantes, evoluciona desde ese siglo XVI como canto litúrgico cristiano, cuando los predicadores franciscanos, dominicos y capuchinos las interpretaban en sus misiones por los pueblos de España y Andalucía durante sus procesiones penitenciales, ya considerados como cantos sagrados por la Iglesia. Saetas breves y punzantes, como un lamento, como un suspiro. Cenobios franciscano y dominico presentes también

desde la conquista castellana en aquella extraña ciudad andaluza, con la que, ya en el siglo XVIII, el capuchino Fray Diego José de Cádiz estuvo tan íntimamente ligado, en el santuario de su patrona descansan sus restos, y por sus calles tantas veces sonarían aquellos rosarios de la aurora y saetas misioneras, de las que era su propio autor y el pueblo cantaba con él, para que ese mismo pueblo, con el transcurrir de los años, las hiciera suyas, por cantadores cofrades, confiriéndole un aroma propio, autóctono y local, todavía llano, sencillo, monótono, exento de ayeos, sin adornos melódicos, de una entonación grave y pausada, pero ya Cantos de Pasión. A nuestro Fray Diego se debe la melodía de la saeta antigua.

Hasta que, siguiendo la moda musical de la época, inspirados en los cantes flamencos de los ámbitos reservados donde habían estado recluidos hasta entonces, como la toná, el martinete, la carcelera, la seguriya o la debla, aquella saeta primitiva primero y antigua después, se convierte a partir de finales siglo XIX en saeta flamenca, con el eco religioso final del canto gregoriano, que nunca abandonaría. Aunque curiosamente y de manera esporádica también se han hecho saetas por soleá, polos y cañas, cantes de aquella Serranía agreste, donde nace el flamenco ternario. Y un caso especial es la saeta malagueña, que se canta por seguriyas con espectacular martinete redoblao.

Saeta flamenca a palo seco, con influencia también gitana, que algunos estudiosos describen como extrañas y lúgubres melodías, de ayes lastimeros, de melancólica voz, pero muy vibrante, conmovida y muy temblorosa.

Impregnada ya musicalmente de los giros propios del flamenco: alargamientos vocálicos, melismas, adornos... fruto de una lenta metamorfosis hasta forjarse en el misterio patético de la

emotividad que transmite el flamenco para narrar la Pasión de Cristo entre las cofradías de Semana Santa.

Esa saeta de la que aquel día inolvidable con su padre, quedaría prendida en su pecho y cada año volvía con mayor fuerza, despertando siempre en él ese latido de las emociones bellas, de la emoción grande y santa que se eleva a Dios, a su hijo herido y después muerto y a su sufridora madre.

Solo desde Andalucía y desde la altura y hondura del flamenco, como es la ciudad donde nació y vive, estaba convencido se puede unir en verbo y música ancestral la amargura del último suspiro de Cristo, la celeste conformidad de María, las lágrimas de fuego de la Magdalena, el dolor de un pueblo que lo siente y se arrepiente profundamente, para desvanecerse luego todo este conjunto, poco a poco, en un solo ¡ay! lastimero, luctuoso, invariable, monótono, débil, inconsolable, contrito. Es el dolor de la humanidad del sur de España que cada primavera lo contempla, lo vive, lo sufre y lo siente... La saeta es la voz andaluza de cualquier ser humano de esta bendita tierra, no importa su condición ni estado, que es capaz de cantar esa expresión, tan musicalmente nuestra, de triste y honda melancolía, que sólo sabe interpretar Andalucía:

Con ese cuerpo llagado
lleno de sangre y afrenta,
pareces clavel morado
lleno de perlas sangrientas.

En su familia siempre se marcaban las tradiciones y los tiempos del calendario. La Semana Santa es tiempo de procesiones, arropías, torrijas, túnicas y saetas. Y el ritmo de aquella ciudad suya lo determinaba también esos tiempos. La Semana Santa era todo un acontecimiento, que de una manera u otra toda la ciudad participaba, un espectáculo grandioso para los sentidos:

para la vista, con un derroche artístico de bellísima imaginería; para el olfato y el gusto, con los aromas del azahar, del incienso, de las flores de los pasos y de la cera fundente; para el tacto, con el roce de la tela recién planchada de las túnicas nazarenas y el aire templado de la primavera; y para el oído, con las marchas procesionales, el ruido de los varales de los palios, los aplausos al buen hacer de los horquilleros, costaleros y capataces; y sobre todo el eco emocionado de las Saetas.

Que siempre le atrajo personalmente, como un misterio, el sentimiento de un pueblo al aire, sin referencia para afinar la voz ni para orientarse, libre como su compás. Donde la inspiración es la imagen sagrada que se tiene delante. ¡Qué suerte tienen aquellos que tan magistralmente saben ejecutarla! Portavoces del sentimiento andaluz. Puede haber un orgullo mayor.

Lleva años queriendo hacerlo, apoyar sus manos en la baranda de cualquier balcón entre el cielo y la tierra y rasgarse la garganta con esa sonora mixtura de lo medieval, lo barroco, lo romántico, lo flamenco y lo religioso que ponen en marcha todos los sentimientos a la vez. Experimentar en cuerpo y alma esa sensación estremecedora con su propia voz quebrada, desde la soledad y el anonimato, para orar cantando con jondura esa plegaria flamenca, sentir esa forma flamenca de acercarse a Dios, entregarse por completo, para quien de suyo el flamenco es en sí mismo, a la vez, una oración dolorida y amorosa.

Y sabe que cada día que pasa se acerca más esa hoja roja del librito de papel de fumar, que te anuncia que solo te quedan cinco papelillos, y que cada vez más va construyendo su presente con su pasado, pero lo hará, por supuesto que lo hará, aunque sea en sueños, nunca dejemos de soñar.

De momento ese niño hoy está aquí, no cantando sino contándolo, en su ciudad natal y donde siempre vivió, Ronda, en su Peña Flamenca, ¿puede haber mayor honor?

Y no me he olvidado de que tengo que agradecer vuestra asistencia y paciencia a todos los aquí presentes: alcaldesa, Autoridades, presidente, Junta Directiva, Socios y Amigos. He procurado hacerlo lo mejor que sé. Desde el primer momento me sentí muy contento cuando me invitasteis y tremendamente agradecido por vuestra confianza. Siempre quise y querré a mi ciudad, con los rondeños dentro, porque Ronda la han hecho y la hacen los que son y se sienten de aquí. Y entre nosotros tenemos que ser buenos, y hoy vosotros habéis sido conmigo enormemente buenos.

Gracias por vuestro reconocimiento. No lo olvidaré nunca. Ahí queda lo dicho en el aire.

P.D.- Si me permitís, no quiero dejar de pasar la ocasión sin decir que este año se conmemora el 400 aniversario del fallecimiento de nuestro insigne paisano Vicente Espinel, del que espero tenga un gran homenaje institucional, sobradamente merecido: por ser uno de los grandes humanistas de su época, por ser el creador de la décima o espinela; por su extraordinaria, aunque poca conocida y divulgada en la actualidad, obra poética y musical, por su famosa novela “Relaciones del Escudero Marcos de Obregón” y, como no, por su amor profundo a Ronda, que siempre aparece en sus obras y de la que sus coetáneos también se hacían eco, y nada más y nada por ser el inventor de la quinta cuerda de la guitarra y el gran dignificador del instrumento más significativo de España.

Y existe un breve párrafo sentenciador, que yo quiero regalaros para que esté colgado en las paredes de vuestra sede, que nos enseña la íntima compenetración que tiene que haber entre la poesía y la música, fundamental para interpretar y también para escuchar flamenco:

“Lo primero, que la letra tenga conceptos excelentes y muy agudos, con el lenguaje de la misma casta; lo segundo, que la música sea tan hija de los mismos conceptos que los vaya desentrañando; lo tercero es que quien lo canta tenga espíritu y disposición, aire y gallardía para ejecutarlo; y lo cuarto, que el que lo oye tenga el ánimo y gusto dispuesto para aquella materia”.